

ADIÓS AL AMIGO PAU

Fernando Domínguez

Un cierto pudor me impediría escribir esta sucinta nota necrológica, si no se me hubiese pedido por quien conocía mi afecto, admiración y profundo respeto por Pau Roig Estradé. Sin autoridad social alguna en el ámbito de su ciudad natal, sin conocimientos suficientes para el justo laude en los merecimientos de su arte, sólo me cabe como justificación de mi atrevimiento, al pergeñar estas líneas, mi deber de lealtad y agradecimiento, en estos momentos tristes, hacia quien tantas veces, sin especial merecimiento para ello, me ofreció amigable su mano llena de calor humano.

Por motivos profesionales conocí a Abdón Soler, hace ya treinta años, me habló de pintores locales de prestigio reconocido, poco tiempo después vino a mi casa con unos cuadros de Roig Estradé, desde estas fechas data mi afición por su pintura. No tardé mucho en conocerle personalmente, me lo presentó mi inolvidable y gran amigo Joan Orriols; juntos estuvimos toda una tarde en casa del pintor, donde las horas volaron, vimos una obra extensa de dibujos amorosamente hechos y cuidadosamente conservados; en ellos no había ni rojos ni negros, los horrores de la guerra estaban superados por el esmerado hacer en el amor a lo bello.

La primera vez que Pau Roig estuvo en mi casa le enseñé sus cuadros, una mínima expresión de complacencia apareció en su rostro, que se hizo más evidente ante un pequeño cuadro de la carretera vieja de Cubelles, su comentario no ocultaba una cierta ternura ante el recuerdo de su antigua ciudad.

Ante mí tengo una marina: barcas de pescadores amarradas en el puerto; como velas olvidadas del viento, redes transparentes caen lacias, sólo una mínima brisa ondula la superficie del mar para acunar a las embarcaciones en un quieto y plácido ensueño. Otro cuadro: un paisaje, al fondo montañas; en un primer plano, un río divide un pequeño valle donde la vegetación oculta unas casuchas: quietud, placidez, ensueño. Ambas pinturas dejan las mismas huellas en el observador: orden, medida, placidez, quietud, en ellas no falta ni sobra una línea; el color, en sus diversos tonos, crea armonía casi melódica, casi poética; “en estos mismos valles, de paz y de ventura -como las mariposas volaron mis amores-. Yo no sé como serían las *papallones* -a buen seguro las habría- en los paisajes de Roig Estradé, quizá menos melancólicas que las mariposas de Juan Ramón y menos tristes que las *volvoretas d’alas douradas* de Curros Enríquez, las *papallones* de Pau libarían felices, alegres y plácidas, ordenadamente gozosas, como el corazón bondadoso del buen pintor, embebido en la belleza de los paisajes de su tierra, que amó tanto.

Hace algunos años le oí a Isabel Coll una interesante conferencia sobre la luz como esencialidad en la pintura catalana de finales y comienzos de siglo. Basaba su exposición en el estudio de tres cuadros del museo de la Geltrú. Muchas veces me he preguntado si la pintura en Pau Roig no era realmente un auto-retrato íntimo, una forma de expresión, como la luz, de su radicalidad humana. Los dos cuadros

Reembres, núm.6. Any 1994. Pàgs. 21-22.

anteriormente citados no lo fueron por su singularidad, sino, como muestra concreta de una personalidad: orden, medida, cuidado amoroso, placidez, ternura y bondad; hay en el artista como un atavismo edénico en busca de un nuevo paraíso como destino transcendental del hombre. Si Juan Ramón pensaba que la poesía era un modo de hacer metafísica transcendental, por qué no predicar lo mismo de la pintura, especialmente, si recordamos que para Platón el bien era engendrar en la belleza, permanente que hacer del artista. Yo deseo que en ese Cielo esperado, tan infinitamente divino como inmensamente humano, así me gusta soñarlo, hagamos eternas las horas que una tarde, a Pau, a Juan y a mí, se nos pasaron placenteramente volando.

